

de impetuoso huracan para solemnizar la promulgacion de la nueva ley y para recordarnos, segun San Cipriano, que así como dirigió sobre las aguas el arca de Noé, dirigiria tambien su Iglesia, salvándola de todos los escollos y todas las tempestades: que descendió, en fin, bajo la figura de lenguas de fuego, porque es la lengua de la Iglesia, y como fuego abrasaria el corazon y el alma de los apóstoles y demás fieles, trasformándolos exterior é interiormente de un modo radical y absoluto.

Pidamos, pues, al divino Espiritu que realice en nosotros la misma feliz trasformacion que en los apóstoles y primitivos fieles, para que, imitándoles en vida, les acompañemos despues en la pátria celestial.—AMEN.

MOMILÍA

SOBRE

LA VENIDA DEL ESPÍRITU-SANTO.

*Repleti sunt omnes Spiritu
Sancto.*

Act. Ap., cap. 2.º, v. 4.º

EL acontecimiento cuya memoria celebra hoy la Iglesia nuestra Madre, es acaso el más grande, notable y prodigioso de cuantos han tenido lugar en el mundo durante la dilatada série de los siglos, ya le consideremos en sí mismo, ya en sus circunstancias, ya en sus efectos. Con razon podemos decir, señores, que no es un misterio sólo el que celebramos hoy, sino un cúmulo de prodigios, que concurren para hacer solemne y admirable la festividad del dia.

Considerado en sí mismo este grande y prodigioso acontecimiento, confirma el dogma augusto de la Trinidad beatísima, consignando la existencia de la

tercera divina Persona, amor consustancial del Padre y del Hijo, y Dios con el Padre y con el Hijo. Si le consideramos en sus circunstancias, nuestra razon se aturde y se confunde al contemplar tanta aglomeracion de misterios en un sólo hecho. Y considerado en sus efectos, admiramos la bondad de ese divino Espíritu, descendiendo sobre los apóstoles y sobre los demás discípulos del Salvador, para radicar y perfeccionar á la Iglesia naciente, y ampliar las conquistas de Jesucristo, siendo el mismo divino Espíritu, segun la expresion de San Agustin ¹ vicario de nuestra redencion. Ved cuán inmenso campo de santas reflexiones se ofrece hoy á nuestra consideracion.

Pero tengo el pesar, señores, de no poder dedicar á tan grande asunto toda la atencion y estudio que su dignidad é importancia exigen. Ni la materia puede ser tratada ligera y superficialmente, ni mi insuficiencia es capaz de penetrar los secretos de Dios, ni el corto tiempo de que me es dado disponer se presta á un trabajo sério y profundo.

Pero me es preciso llenar mi deber y daros alguna nocion, siquiera sea elemental, del grande objeto que nos congrega hoy en este lugar santo, una nocion que, lejos de fomentar vuestra curiosidad, os sea de utilidad y edificacion.

Para ello, señores, nada más á propósito que la

¹ Serm. de temp., n.º 151.

narracion sencilla del hecho, deduciendo de paso las reflexiones que del mismo se desprenden. Esto me propongo.

¡Oh Espíritu divino, dignaos purificar, etc.—AVE MARÍA.

*Repleti sunt omnes Spiritu
Sancto.*

Act. Ap., cap. 2.º, v. 4.º

Poco tiempo antes de su gloriosa Ascension habia dicho el Salvador á sus discípulos: «no os separeis de la ciudad hasta que seais investidos de un poder de lo alto.» Y ellos, fieles al precepto de su divino Maestro, despues de haberle visto hendir los aires hasta que le arrebató de su presencia la nube, con las lágrimas en sus ojos y la esperanza en sus corazones, vuelven á Jerusalem. Allí permanecen ocultos por espacio de diez dias, separados enteramente del trato humano, unidos en perfectísimo lazo de caridad y constantes en la oracion.

Hé aquí, señores, el primer modelo de las asociaciones cristianas, cuyo objeto es el culto, la beneficencia y la oracion. El derecho de asociacion,

reconocido por las leyes de todos los pueblos, aun los más salvajes, y tan enaltecido en las constituciones de las sociedades modernas, ó carece de objeto y de fundamento, ó su objeto principal es el culto de Dios. Sí: porque el hombre es por naturaleza religioso, y su primer deseo, y su deber primero es asociarse para rendir un tributo público y comun de respeto á su Hacedor Supremo. Si por una aberracion del entendimiento humano, la fuerza bruta destruyera nuestros templos, muy pronto les sustituirian otros: si dispersara las asociaciones religiosas, se congregarian en el campo libre, á la vista del cielo, que es el gran templo de Dios: si aun allí se las persiguiera, se trasladarian á las catacumbas. El espíritu religioso, el sentimiento cristiano son naturalmente sociables, todo el poder humano es insuficiente á destruirle.

Los sagrados expositores han querido hasta señalar la casa donde se reunieron en Jerusalem los apóstoles. Algunos creyeron que era propiedad de San Juan Evangelista; otros que de María Cleofás, madre de San Márcos. La santa Escritura calla estos pormenores. Sólo nos dice que los apóstoles eligieron la habitacion más alta y separada del comercio humano, cual correspondia á sus designios.

Porque Dios, señores, no se comunica á las almas disipadas. Llama á sus escogidos á la soledad, para hablarles al corazon, segun la expresion del profeta Oseas. No hallaremos jamás á Dios entre el bullicio

y confusion del mundo, inútil es buscarle fuera de silencio y la oracion. Vosotros, hombres del gran mundo, que vivís entre los afanes de la sociedad, que pasais la vida de disipacion en disipacion, de espectáculo en espectáculo, de orgía en orgía, vosotros que no acertais á permanecer una hora dentro de vosotros mismos, entregados á la soledad de vuestros pensamientos, vosotros no hallareis jamás á Dios. Vuestra vida será una vida de inquietudes y amarguras, y os sorprenderá la muerte lejos de Dios, entregados á una soledad árida y fria como la nada.

Los apóstoles y demás discípulos del Salvador, entre los que ocupaba un lugar preferente la Santísima Virgen María, buscaban á Dios en el retiro y la oracion. Es creible que su oracion tuviera por objeto pedir al Señor que acelerase la venida del Espíritu consolador. Era la hora de tercia, el dia de Pentecostés, fiesta solemnísima entre los judíos, que venia celebrándose desde el tiempo de Moisés, en memoria de la promulgacion de la Ley sobre la cumbre del Sinai, cincuenta dias despues de la salida de Egipto, cuando el Señor quiso establecer el Pentecostés de los cristianos, cincuenta dias despues de la resurreccion del Salvador. De repente déjase sentir un rumor grande, semejante al bramido de impetuoso huracan, que conmovió hasta los cimientos de la casa, y el Espíritu-Santo se dignó descender sobre los apóstoles en figura de lenguas de

fuego, posándose sobre la cabeza de cada uno de ellos. El mismo Dios, que habia promulgado siglos antes su ley del terror sobre la cumbre del Sinaí, por entre el rugido aterrador del trueno y el fuego del rayo, quiso promulgar hoy su ley de amor, por sí mismo, iluminando el entendimiento é inflamando el corazon de los apóstoles. Entonces, señores, tuvo lugar aquella nueva y admirable creacion, de que nos habla el real profeta, que renovaria la faz de la tierra. Porque el Espíritu-Santo no descendió sólo para los apóstoles, sino para la Iglesia, para todos nosotros. ¡Ah! ¡nosotros no somos hijos del temor sino del amor! ¡Cuán importante y consoladora es esta conducta de nuestro Dios!

Aquí pudiera detenerme para ocuparnos de varias cuestiones de más erudicion que edificacion, que se han agitado entre los expositores de mejor nota. Pero no es este mi objeto. Examinaremos, sí, algunos de los efectos que produjo en el corazon y el alma de los apóstoles y demás discípulos del Salvador la venida del Espíritu-Santo, los mismos que ha producido y producirá siempre en todos los que de nosotros tuviéremos la inmensa felicidad de recibirle.

El real profeta, en uno de sus Salmos, da al Espíritu de Dios estos tres bellísimos nombres. Llámale Espíritu recto, Espíritu santo, Espíritu fuerte. Nombres que designan con la mayor exactitud sus divinos efectos. Espíritu de rectitud que nos conduce; Espíritu de santidad que nos purifica; Espíritu de fortaleza

que nos anima y sostiene. Detengámonos aquí breves momentos.

Aun no habian podido los apóstoles desprenderse de su materialismo é ignorancia, no podian aun conciliar las ignominias de la pasion del Salvador, con su prometida gloria. Por eso el mismo Señor les dijo al despedirse que les enviaria el Espíritu-Santo para que los confirmara en la posesion de cuanto le habian oido: *suggestet omnia quaecumque dixerit vobis*. Y este fué su primer efecto. Sus entendimientos fueron ilustrados de una luz divina, y ya comprendieron con toda claridad y perfeccion la economía toda del plan y de los designios de Dios.

Lo mismo sucede en nosotros, luego que el Espíritu-Santo se digna visitarnos. Destierra de nuestra alma todas las ilusiones, hácela discernir la verdad del error, las virtudes sólidas de las aparentes, muéstrala el camino que ha de seguir, la enseña á practicar sus deberes, y viene á ser en nosotros como el espíritu del espíritu. El espíritu humano, espíritu de tinieblas y de error, es sustituido por el Espíritu divino, Espíritu de luz y de verdad.

Espíritu de santidad, que purifica las almas. Aun no estaba purificada la de los apóstoles: no les habia abandonado aun el amor de las cosas terrenas, les dominaba aun el deseo de mando y de preeminencias, no conocian, en una palabra, los quilates de la virtud, y el Espíritu-Santo plantó en ellos este divino conocimiento. Ya no dudan, desprecian todo lo

terreno, aman las privaciones y están decididos á emprender el camino de las virtudes, abrazándose con todas las contradicciones que habrian de oponerles el mundo y el infierno.

Nosotros somos purificados tambien por este Espíritu de santidad, cuyas primicias recibimos en el sagrado Bautismo, y confirman y perfeccionan despues los demás Sacramentos. ¡Ah! ¡qué dichoso estado el de un alma que recibe la gracia del Espíritu Santo y sabe fomentarla y aumentarla! ¡Esta alma es aquella fuente de agua viva, de que nos habla el divino Maestro! ¡La gracia que la posee y la inflama es aquella gracia que templó los ardores de la pasion de la Magdalena, la que hizo llorar á San Pedro, la que lavó á la Samaritana, la que derribó á Saulo en el camino de Damasco, la que encendió aquel grande fuego de caridad en el corazon de los primeros cristianos! ¡Dichosa el alma, repito, que sabe recibirla, fomentarla y aumentarla hasta confirmar su santificacion!

Espíritu de fortaleza que nos anima y sostiene: hé aquí el efecto principal, el más notable y como distintivo que produce el Espíritu-Santo en el corazon y el alma de los apóstoles. ¿Qué habian sido estos hasta entonces? Hombres tímidos, que no se habian atrevido á confesar á Jesucristo en su propio idioma, y ahora le confiesan en todas las lenguas: hombres rudos, que no sabian explicarse sino temblando delante del pueblo, y ahora hablan con tanto

valor ante los jueces y magistrados, y ante sus más crueles enemigos. Pedro sana repentinamente á los enfermos de nacimiento, y tiene bastante valor para decir á los escribas y al sumo sacerdote: «he obrado estos prodigios en nombre de Jesucristo, á quien vosotros habeis crucificado.» Predica al pueblo las verdades más difíciles de la religion, y convierte á la fé, y hace que reconozcan y adoren á Jesucristo en un sólo dia hasta cinco mil personas. Los jueces tratan de impedirlo, y Pedro les dice: «no podemos dejar de cumplir el mandato de Dios, publicando lo que hemos visto y oido:» *non enim possumus quæ vidimus et audivimus non loqui.*

¡Qué notable mudanza, exclama el P. San Agustín! ' ¡La cabeza de los apóstoles temblaba en otro tiempo á la voz de una criada, y ahora se presenta á los judíos, va á sus sinagogas y les reprende su infidelidad! ¡Aquel Pedro, que habia dicho de Jesus en el dia de su pasion: «no conozco á ese hombre,» *non novi hominem*, va á predicarle hasta en la capital del mundo, y á declarar la guerra al paganismo, burlándose de las amenazas del cruel Neron, que era el terror de su siglo! «Pero no es este aquel Pedro tan tímido y cobarde, dice el mismo santo Padre, era el Espíritu-Santo, que hablaba y obraba en él.»

Pues este mismo divino Espíritu hablará y obrará en nosotros, si tuviéremos la inmensa dicha de reci-

birle. Y ciertamente que este mismo Espíritu fué el que dió aquel valor sobrehumano á tantas almas santas contra las potestades del siglo, el que inspiró la mortificación á los penitentes, la castidad á las vírgenes, el celo á los pastores, la obediencia y la pobreza y el desprendimiento de sí mismos á los anacoretas. Este mismo Espíritu es, en fin, el Espíritu y el alma del cristianismo. ¡Oh divino Espíritu, dignaos descender sobre nuestras almas, y purificadlas, y abrasad las manchas de nuestra carne en el fuego de vuestro santo amor!

Ahora, amados míos, condensando bajo un sólo punto de vista estas ideas, permitidme que, por conclusion, os pregunte. ¿Habeis recibido el Espíritu Santo? ¿Sentís en vuestras almas el espíritu de rectitud que dirige, el espíritu de santidad que purifica, el espíritu de fortaleza que anima y sostiene? ¿Camináis derechos á Dios? ¿Tomáis por guía á este Espíritu de verdad, que sólo puede conducirnos á Él? ¿Os aplicáis al cumplimiento de vuestros deberes? ¿Poneis gran cuidado en purificar vuestras almas de las impurezas é imperfecciones que la manchan? ¡Ah! ¡con dolor os digo que, á juzgar por lo que vemos hoy en el mayor número de los cristianos, á nosotros pueden referirse aquellas palabras de los fieles de Samaria, «ni siquiera sabemos si hay Espíritu-Santo:» *neque si Spiritus Sanctus est audivimus!* ¡Terrible desgracia es esta, amados míos! ¡No permita el Señor que seamos víctimas de ella!

¡Oh Espíritu divino, compadeceos de nosotros! ¡Vos que sois el amor por esencia, el amor consustancial y eterno del Padre, dignaos dirigirnos una mirada de misericordia, y haced que nuestras almas renovadas, llenas de ese amor, emprendan el camino de la verdad y de la vida, único que puede conducirnos á la mansion de los Bienaventurados!—AMEN.